

consonni

Antxiñe Mendizabal Aranburu

Vínculos

TRADUCCIÓN

Bego Montorio Uribarren



«De los matrimonios apresurados al consultorio de Elena Francis, de las maternidades obligadas al anhelo de independencia, *Vínculos* es la exploración de una herida colectiva, la femenina, a través de tres generaciones de mujeres. Una necesaria memoria histórica de lo doméstico y lo —cada vez menos— domesticado, como si el *Bordados* de Satrapi mutara en tiempo y coordenadas geográficas». —

María Basterós

«La novela teje un completo tapiz de la sociedad franquista y posfranquista de Pamplona gracias a los numerosos hilos y personajes secundarios que se entrecruzan, poniendo en evidencia que la sociedad, al igual que los personajes, está compuesta de múltiples capas. El libro es una ficción en la que se entrelazan el régimen, la resistencia política, la Historia y otras muchas pequeñas historias». —**Ibon**

Egaña, Deia

«Mendizabal ha publicado una Novela, con mayúscula, que ha despertado en mí envidia como escritora, admiración y, sobre todo, agradecimiento. El libro narra las vidas de tres generaciones de una familia franquista de Pamplona, de 1941 a 2005, prestando especial atención a las relaciones madre-hija, a la violencia conyugal, a los deseos reprimidos y a la herencia que recibimos, en un relato que cuida al detalle el ambiente, la tensión entre las palabras, el telón de fondo histórico así como la complejidad de los personajes. Contada con un lenguaje comedido y sin alardes, elegante, la novela resulta conmovedora». —**Uxue Alberdi, Berria**

«En esta novela la autora ha intentado mostrar “la relación entre una mujer que no quiere ser madre y una hija que se

siente huérfana de madre”, valiéndose para ello de voces muy diversas: “La madre represora, la que no quiere ser madre, la que se siente incapaz, la hija que vive con la añoranza de una madre, la joven que tiene que abortar, la que ha sufrido abusos... En el fondo, se trata de una historia construida con las voces de madres e hijas frustradas”, cuyos vínculos se representan mediante la imagen de las *matrioskas*: “Siempre me han parecido muñecas devoradoras de madres"». —**Itziar Ugarte, *Berria***

«Una gran historia. Ambiciosa. Una bella y poderosa novela, un relato que permanecerá en nuestro recuerdo tras haberlo leído». —**Xabier Mendiguren**

«Vínculos es, ante todo, un ejercicio de memoria, así como una reflexión sobre dos realidades intrínsecamente ligadas, la maternidad y la vivencia de ser hija». —**Nerea Azurmendi, *Diario Vasco***

Antxiñe Mendizabal Aranburu (Zumarraga, 1968).
Escritora y editora de la editorial Elkar. Tras finalizar su etapa como periodista, empezó su andadura como escritora de varios libros de divulgación histórica. Después de algunos años dedicados a la literatura infantil, publicó su primer trabajo de ficción para adultos: *Emakume burugabea* (*La mujer sin cabeza*), una narración poética ilustrada, con la cual tuvo la oportunidad de subirse a un escenario con una versión propia creada a partir de la misma. *Vínculos*, publicada originalmente en euskera como *Odolekoak*, es su primera novela.



Fotografía: Arri Iraeta Irigarai

Vínculos

Antxiñe Mendizabal Aranburu

Traducción de Bego Montorio Uribarren



Autoría **Antxiñe Mendizabal Aranburu**
Traducción **Bego Montorio Uribarren**
Corrección **Aingeru Epaltza**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Ursula Schulz-Dornburg**
Producción ePub **Bookwire**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
septiembre de 2022, Bilbao

eISBN: 978-84-16205-99-8

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons CC Reconocimiento-NoComercial-SinObra-Derivada 4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0.
Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.
Este ebook es un proyecto financiado por Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte.



Financiado por
la Unión Europea
NextGenerationEU



GOBIERNO
DE ESPAÑA
MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE



Plan de Recuperación,
Transformación
y Resiliencia

Edición original: *Odolekoak*, Elkar Argitaletxeak, S.L. (Elkar), 2020

Imagen de cubierta: *Goris-Tatev*, 2001
© Ursula Schulz-Dornburg

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

Ama-ri

Soy hija de una memoria...

Personajes

Matilde Echaluze Chivite: hija de Javier Echaluze y Lorenza Chivite.

Segundo Vilagude Souto: esposo de Matilde Echaluze.

Amparo Vilagude Echaluze: hija mayor de Matilde y Segundo.

Pablo Vilagude Echaluze: hijo mayor de Matilde y Segundo.

Martín Vilagude Echaluze: hijo menor de Matilde y Segundo.

Teresa Vilagude Echaluze: hija menor de Matilde y Segundo.

Javier Echaluze Chivite: hermano de Matilde Echaluze.

Conchi Arbizu Cruz: esposa de Javier Echaluze.

Virginia Echaluze Arbizu (Flora Aranda Sanz): hija de Javier y Conchi.

Sagrario Lumbreras Sagasti: esposa de Pablo Vilagude.

Alberto González Mora: esposo de Amparo Vilagude.

Ignacio González Berastegui: padre de Alberto.

Joseba Galparsoro Irizar: esposo de Teresa Vilagude.

Amaia Galparsoro Vilagude: hija de Teresa y Joseba.

Martín Galparsoro Vilagude: hijo de Teresa y Joseba.

Juan Galparsoro Zabala: padre de Joseba.

Martín Aramendía Arellano: hijo de Eusebio y María Nieves.

Esteban Aramendía Arellano: hermano mayor de Martín.

Jesús Aramendía Arellano: hermano menor de Esteban y Martín.

Micaela Galarza Ostiza: esposa de Esteban Aramendía.

Milagros Aramendía Galarza: hija de Micaela y Esteban.

Miguel Aramendía Galarza: hijo de Micaela y Esteban.

Felisa Barrenechea Martínez: esposa de Martín Aramendía.

Nieves Aramendía Barrenechea: hija de Martín y Felisa.

Clara Barrenechea Unanua: sobrina de Felisa.

Luisa Galarza Ostiza: criada de los Vilagude-Echaluce, hermana de Micaela.

Lucio Goicoechea Aracama: amigo de infancia de Luisa.

Felicitas Ramírez Castillejo: amiga de infancia de Matilde Echaluze.

Ángela Ezpeleta Jaurrieta: amiga de infancia de Matilde Echaluze.

Serapio San Juan Murugarren: esposo de Ángela Ezpeleta.

Fermín Ezpeleta Jaurrieta: hermano de Ángela.

Elías San Juan Ezpeleta: hijo menor de Ángela y Serapio; amigo de Martín.

Victoria García Urmeneta: modista.

Carmen Azpiroz Prat: falsificadora de documentos.

Santiago Mena Arrastia: vecino de la calle Jarauta.

Benita Etxandi Leoz: camarera del hotel La Perla.

Luis Etxandi Leoz: hermano de Benita, *dantzari*.

Cristóbal Aranguren Zabalza: médico de la familia Echaluze-Chivite.

Ramón Ansorena Hualde: médico.

Paulo Ansorena Arana: hijo de Ramón, médico de la familia Vilagu-de-Echaluze.

Mari Cruz Ansorena Arana: hermana de Paulo.

Delia Jiménez Clavería: miembro de la Comisión de Censura de la ciudad.

Laureano Mediavilla Osinaga: presidente de la Comisión de Censura de la ciudad y representante de la Asociación de Padres.

Dominica Inda Huici: miembro de la Comisión de Censura de la ciudad y esposa del secretario del gobernador civil.

Mariano Biurrun Errea: vicario, miembro de la Comisión de Censura de la ciudad.

José Ignacio Amunarriz Macaya: sacerdote, miembro de la Comisión de Censura de la ciudad.

Avelino Igea Cervera: miembro de la Comisión de Censura de la ciudad.

Calisto Jurio Larraza: responsable de cabina de la sala de cine Gayarre.

Domingo Azpiroz Landa: vicario de la parroquia de San Nicolás.

Consuelo Galdeano Chasco: prostituta.

Aurora Viñuales Árguedas: criada de los Echaluze-Chivite.

María Lizarbe Armendáriz: vecina de la calle Jarauta.

Damián Eraso Landa: esposo de María.

Faustino Romero Escudero: amigo de la familia Vilagude-Echaluze.

Jovita Baigorri Castro: esposa de Faustino.

Agustín Jauregi Gastón: párroco.

Mercedes Oteiza Nieto: maestra de Teresa Vilagude, monja.

Inés Garralda Zuñiga: amiga de la escuela de Teresa Vilagude.

Daniel Irigarai Alegría: compañero de escuela de Teresa.

Josetxo Latasa Vidaurre: vecino de Teresa.

José Bellot Ferrer: amigo de Martín Aramendía, valenciano.

Florencio Iglesias Sánchez: fugitivo del Fuerte de San Cristóbal, extremeño.

Reyes Iglesias Sánchez: criada de los Vilagude-Echaluze; hermana de Florencio.

Salvador Lusaide Mendibil: esposo de Reyes.

José Mari Lusaide Iglesias: hijo mayor de Reyes y Salvador.

Andoni Luzaide Iglesias: hijo menor de Reyes y Salvador.
Lourdes Luzaide Iglesias: hija de Reyes y Salvador.

Mariví Fernández Iburguren: amiga del instituto de Teresa Vilagude.

Rosa Fernández Iburguren: hermana de Mariví.

Herminia Iburguren Murugarren: madre de Mariví y Rosa.

Valentín Fernández Cano: padre de Mariví y Rosa.

Mikel Álvarez Belaskoain: amigo de Mariví y Andoni.

Manu Sueskun Igea: amigo del barrio de Mariví.

Mari Puy Ugarte Garciandía: novia de juventud de Miguel Aramendía.

Ignacio Ugarte Gurrea: abuelo de Mari Puy.

Manolo Ochoa Gutiérrez: conocido homosexual de la ciudad.

Jean-Luc Grimard: esposo de Nieves Aramendía.

Pilar Ovejero Gutiérrez: segunda esposa de Martín Aramendía.

Beatriz Itoiz Saralegi: amiga de la universidad de Teresa Vilagude.

Alfonso Mendieta Preciado: ginecólogo.

Faustina Sanz Melero: madre biológica de Virginia Echaluze.

Bixen Aranburu Zaldibar: amigo de Joseba Galparsoro.

Héctor Subijana Ochotorena: pintor.

Lucas Aldalur Murgia: profesor de cerámica de Teresa Vilagude.

Lutxo Legorburu Arrastoa: compañero de clase de francés de Teresa.

Adrián López Goiburu: vecino de Teresa.

Arantxa Urzelai Arizti: amiga de Teresa Vilagude.

Belén Balerdi Epelde: niñera en casa de los Galparsoro-Echaluze.

Esther Laskorain Imaz: profesora de historia de Amaia Galparsoro.

Pello Laskorain Imaz: hermano menor de Esther.

Xabier Laskorain Imaz: hermano menor de Esther.

Julia Imaz Zugaza: madre de Esther, Pello y Xabier.

Ricardo Laskorain Agirretxe: padre de Esther, Pello y Xabier.

Santos Laskorain Agirretxe: hermano de Ricardo.

Sorkunde Amatriain Otazu: pareja de Pello.

Manex Laskorain Amatriain: hijo de Pello y Sorkunde.

Uxue Laskorain Muguruza: hija de Xabier.

Iñigo Soraluze Larretxea: expareja de Esther.

Sabina Otamendi Zurutuza: terapeuta de Teresa Vilagude.

La memoria de la violencia

Año 1941

10 de agosto

Antes de quedarse solterona

«... La señorita Matilde Echaluze lucía un elegantísimo vestido de novia. El cuerpo era blanco, de crepé satinado, con el velo sujeto por un tocado de flores de azahar. Una niña de rostro angelical, ataviada con manguitos confeccionados con las mismas flores, sujetaba la cola de la novia. La unión fue bendecida por don Domingo Azpíroz, vicario de la parroquia de San Nicolás, quien pronunció un sentido sermón repleto de hermosas palabras. La ceremonia se celebró a las cuatro y media de la tarde. Tras el enlace, se ofreció a los invitados una opípara merienda en el restaurante del hotel La Perla. Según hemos podido saber, los recién casados pasarán su luna de miel en la distinguida ciudad de Biarritz».

Durante el desayuno, Segundo lee complacido, en voz alta, la información sobre el enlace nupcial que aparece en la sección de sociedad. Haciendo caso omiso del periódico que su marido coloca ante ella, Matilde responde sin

ninguna consideración que ha pasado mala noche y que se vuelve a la cama. El noviazgo de la pareja ha sido breve; Matilde tenía prisa por casarse: con veinticinco años recién cumplidos y ante el temor de quedarse soltera, aceptó casarse con Segundo, persuadida de que al convertirse en la respetable esposa de un hombre rico y reputado la vida de casada le resultaría más llevadera. Durante el tiempo que ha durado el noviazgo, Matilde apenas ha querido saber nada sobre la vida de su prometido.

Segundo es hijo de una pareja de emigrantes gallegos que dejó su patria y emigró a Cuba en busca de una vida mejor. Su padre trabajó durante años en una mina de cobre, y él, tras enterrar a sus padres y a su hermana, fallecidos en el terremoto que devastó Santiago de Cuba en febrero de 1932, utilizó el dinero reunido por la familia para cruzar el océano y volver a su país. Tenía veintiocho años cuando desembarcó en el puerto de Vigo. En España acababa de proclamarse la República, y Segundo estaba convencido de que el cambio de régimen ofrecería grandes posibilidades a un hombre con iniciativa como él. Así, tras una rápida visita a la tierra natal de sus padres, partió hacia Madrid. En la capital lo sorprendieron las huelgas obreras y las manifestaciones. A río revuelto, ganancia de pescadores, pensó.

Sentía una gran inclinación por los coches, así que decidió establecer un servicio de taxis para ganarse la vida. El negocio prosperó rápidamente, y al cabo de un año tenía a su cargo tres coches y dos chóferes. Gracias a las inesperadas ganancias obtenidas con los taxis, pudo comprarse un Hispano-Suiza de segunda mano al que le tenía echado el ojo, en cuyo capó colocó, tal como establecía la nueva normativa, una cinta tricolor, roja, amarilla y morada, en lugar de la bandera monárquica. No conforme con ese logro, y empujado por su pasión por los

coches de lujo, viajó a Barcelona para darse a conocer en la fábrica Hispano-Suiza. No descansó hasta conseguir una cita con algún directivo, de cuyo despacho salió convertido en vendedor de aquellos vehículos símbolo de nobleza y elegancia. Su zona de trabajo serían las provincias del norte.

Durante el régimen republicano, la gente acaudalada mantenía su dinero a buen recaudo por temor a las represalias, y a casi nadie se le ocurría comprar un capricho como aquel, por lo que la tarea de Segundo consistía en convencerlos de que aquello duraría poco tiempo y de las ventajas de adquirir un vehículo de lujo a bajo precio. Sin embargo, al estallar la guerra, las autoridades republicanas requisaron sus taxis, con lo que rápidamente comprendió que involucrarse en el conflicto no le aportaría ningún beneficio. Hasta que acabó la guerra, se refugió en el pueblo natal de sus padres.

Cuando el general Franco se convirtió en jefe del Estado, Segundo pensó que había llegado el momento de cobrarse la ayuda que había prestado a sus jefes para que huyeran a Francia cuando la planta de Barcelona quedó bajo la dirección de los comités obreros. Lo nombraron gerente del departamento de automóviles, así como vendedor del departamento de aviones, cañones y material militar que la renovada factoría había puesto en marcha.

En agosto de 1940, al mismo tiempo que los aviones alemanes comenzaban a bombardear las ciudades del Reino Unido, tuvo que viajar a Pamplona con un importante cometido: reunirse con influyentes empresarios y representantes para que lo ayudaran a ponerse en contacto con los alemanes del otro lado de la frontera. Segundo ignoraba cuánto tiempo debería permanecer en la ciudad, y le recomendaron que se alojara en el hotel La Perla.

El mismo día que llegó, camino de la plaza del Castillo, vio a las juventudes falangistas desfilar en pantalón corto, como muestra de autoridad del nuevo régimen. Las calles, al igual que los resignados vecinos obligados a saludar a las tropas desde las aceras, desprendían la tristeza y el color gris propios de un país que acaba de vivir una guerra. La delgadez de los niños evidenciaba la pobreza y la falta de alimentos de gran parte de la población pamplonesa. Las jóvenes de buena familia parecían obligadas a salir a la calle acompañadas de una mujer madura, vestidas de negro, con el rostro semioculto por los pliegues de la mantilla, un brillante rosario colgando de la muñeca y un libro de oraciones en la mano.

En el hotel, ojeando un periódico mientras esperaba que la camarera acabara de preparar su habitación, Segundo reparó en la lista de parejas multadas por realizar actos impúdicos contrarios a la moral en la vía pública. La circular de la Dirección General de Seguridad del Estado advertía que, «como consecuencia del relajamiento de las costumbres, habían aumentado las expresiones impúdicas en público, y sobre todo las actitudes desvergonzadas y ordinarias por parte de parejas jóvenes». Camino de su habitación, preguntó a una camarera de nombre Benita sobre la casa ennegrecida que había visto desde la plaza. «Es la residencia de los Baleztena, los rojos le prendieron fuego antes del alzamiento». Segundo no se atrevió a seguir preguntando.

Al poco de llegar se dio a conocer entre las familias de renombre de la ciudad. No era un hombre de iglesia, pero sabía que en el pórtico de la catedral encontraría a la flor y nata de la ciudad. Ese fue el único propósito que lo llevó aquel domingo a misa mayor, donde lo impresionó el encendido sermón que el obispo pronunció en contra del baile agarrado: «... parejas que bailan agarradas, respiran

un mismo aliento, se acarician, estrechan sus cuerpos, intercambian palabras y miradas de pasión...». Al exceso de las ciudades, el obispo contrapuso con igual vehemencia las virtudes del baile suelto que practicaban en los pueblos al ritmo del chistu y el tamboril, y anunció que en pocos meses iniciaría una campaña en contra de todo baile indecente. Segundo se recordó a sí mismo que le convenía estar a favor de la corriente.

Se fijó en Matilde a la salida de misa. Desde el primer momento lo fascinaron su hermosura, su elegancia y sus maneras impecables. Lo cegó su porte de reina. Segundo anhelaba el éxito, y aquella mujer lo ayudaría a llegar a lo más alto. Pronto supo que era hija de una respetable familia pamplonesa. A partir de aquel momento Segundo no logró quitarse a Matilde de la cabeza, y se empeñó en encontrar a alguien que se la presentara. Finalmente, consiguió coincidir con Javier Echaluze en una partida de póquer en el Nuevo Casino, y lo convenció para que le presentara a su hermana.

Fue también Javier Echaluze quien le informó de lo sucedido en la ciudad los días del alzamiento, remarcando con arrogancia que no encontraría en toda España una adhesión al nuevo régimen similar a la de los navarros: «Vinieron miles de voluntarios de toda la provincia». Añadió con desprecio que nadie tuvo huevos para enfrentarse a los alzados. «En cuanto oyeron un tiro y vieron a los nuestros, se dieron a la fuga». Al menos, fusilaron a alguno de los pocos que se atrevieron a plantar cara, y añadió, con una gran carcajada: «La mayoría escaparon como ratas». Para entonces el alcohol había desatado la lengua del heredero de los Echaluze, quien con tono conspirador confesó a Segundo que habían actuado de forma muy organizada: «La Escuadra del Águila, la encargada de limpiar la ciudad de gentuza» le dijo al oído.

Parece que las nuevas autoridades no se anduvieron con chiquitas con el enemigo: por si fueran poco los fusilamientos punitivos, ocuparon las sedes de separatistas e izquierdistas, despidieron a los funcionarios municipales sospechosos, destituyeron de sus cargos a las maestras y maestros contrarios a la religión, «hemos llenado el penal de San Cristóbal de traidores y canallas», dijo sacando pecho.

Le aseguró que él le presentaría a los miembros imprescindibles del movimiento: «Hay que estar bien relacionado». Y para terminar, como rubricando su complicidad, tras obligarlo a encender un puro habano, le habló de unas putitas que conocía bien: «¡Nuestras mujeres tienen una moral tan elevada!», añadió burlón, al tiempo que expelía una bocanada de humo. Segundo consideró que no era el momento más adecuado para mencionar a Matilde.

No obstante, Javier le presentó a su hermanan poco tiempo después. Nada más verlo, a Matilde le pareció bastante retaco; no era más alto que ella. Cuando le tomó la mano para besarla, le dieron dentera sus manos pequeñas de dedos regordetes; parecían las de un campesino. Se dirigió a Matilde con palabras lisonjeras y un tono cantarín que no era propio del país.

Segundo era doce años mayor que ella. Sin embargo, para ayudarla a disipar sus dudas sobre una posible boda, su amiga Felicitas le señaló al menos dos ventajas de tener un novio algo entrado en años: la primera, que él tendría experiencia en relaciones carnales, lo que supliría su impericia; y la segunda, que su docilidad le haría más llevadera la vida de casada, frente al deseo y el ardor de un hombre joven. Además, el hecho de tratarse de un exitoso hombre de negocios aumentaba la reputación de Segundo. De todas maneras, no tuvo ningún reparo en despreciar

rotundamente la lascivia y el instinto animal de los hombres. Matilde no quería para sí la fama de mujer estéril y apocada que su amiga iba forjándose al permanecer soltera. Mejor mal casada que solterona.

Hicieron las presentaciones formales poco después de conocerse. Nadie en la ciudad preguntó por el pasado de aquel extranjero, y a los Echaluze les pareció el hombre idóneo para casarse con su caprichosa hija; de hecho, Segundo se ganó rápidamente la confianza y el respeto de las autoridades y los empresarios pamploneses. La pareja se prometió al poco, con lo que pudieron ir al cine solos, sin la compañía de Felicitas. Segundo rezumaba satisfacción. Reconocía que Matilde era algo soberbia, pero también eso lo atraía; estaba convencido de que tras aquellos modales estrictos se escondía el amor de su vida. Derribaría aquel bastión a fuerza de atenciones y halagos. Segundo pensaba que, de una u otra manera, conseguiría conquistar a aquella impasible mujer.

La pedida de mano fue dos semanas antes de la boda, y Matilde decidió que había llegado el momento de mostrar en público al hombre que la llevaría al altar; irían juntos al estreno de la película norteamericana *Rebeca*. Salió del cine fascinada, y, cegada por la fantasía, se dijo que podía convertirse en la virtuosa esposa de un hombre rico y triunfador como en la película, la esposa leal de un hombre introvertido y atormentado de pasado oscuro y desconocido. Ese pensamiento estimuló su mente, y durante un tiempo acalló sus escrúpulos. Cuando Segundo anunció a sus jefes de Barcelona que se casaba, les comunicó que se quedaría a vivir en Pamplona, asegurándoles que eso no afectaría negativamente al negocio. Previno a Matilde de que tendría que viajar y quedarse fuera de casa con frecuencia. A la novia no le pareció un mal futuro.

14 de agosto

El débito conyugal

Segundo ha organizado la luna de miel con la ilusión de que los paseos al borde del mar conseguirán acercarlos. En un intento por impresionar a la recién casada, ha reservado la suite nupcial del Hôtel Miramar de Biarritz, en primera línea de playa. Matilde no ha visto nunca el mar.

En la planta de Barcelona han comenzado a fabricar nuevos cañones, de modo que Segundo aprovechará la estancia para darlos a conocer al ejército alemán, con miras a posibles negocios. Las ventas de automóviles han bajado mucho en España, mientras que el gobierno de Hitler necesitará seguramente nuevas armas para seguir combatiendo contra el ejército soviético. El intermediario con quien ha de ponerse en contacto se llama Herman Kummer.

Segundo es hombre de confianza del régimen, por lo que no ha tenido problemas para conseguir en Gobernación un permiso para cruzar la frontera. Los recién casados hicieron ayer el viaje en el Hispano-Suiza blanco, más de ciento cincuenta kilómetros. Segundo dejó el coche en la entrada del hotel y, tras ordenar al botones que se encargara del equipaje, entró orgulloso en el *hall* del brazo de su mujer. Matilde llevaba puesto un vestido rosa de punto de Balenciaga, traído expresamente de París.

Después de cenar, ella rehuyó el débito conyugal alegando que estaba cansada, y Segundo, aunque molesto, no quiso tomar por la fuerza lo que por derecho podía reclamar. Sin embargo, hoy, al retirarse al dormitorio después de la cena, Matilde sabe que no podrá zafarse del deseo de su marido.

Él lo espera sentado en la cama. Ella se mira al espejo en el baño, y tras quitarse el collar de perlas lo guarda en el joyero. Se saca el vestido y la ropa interior y se pone un camisón blanco de satén. El dormitorio está casi a oscuras, apenas iluminado por la lamparita de la mesilla. Se acuesta y se queda inmóvil en la cama. Aparta la mirada mientras Segundo se desviste: nunca ha visto a un hombre desnudo. Tan pronto él entra en la cama siente el contacto de su piel velluda. Segundo la besa en la boca, se abre paso con la lengua. Roza su cuello con labios húmedos, y la incipiente barba le quema la piel; le da asco su olor a tabaco. Él le desabotona el camisón, y sus manos buscan los pechos de la mujer. Intenta acariciarle los pezones, pero ella le retira las manos. Entonces Segundo, sin más rodeos, se coloca bruscamente sobre ella, y al subirle el camisón, Matilde se ve obligada a ceder a sus embates: separa los muslos y dobla las rodillas, abriendo paso a la verga que empuja entre sus piernas. Desearía huir; está seca y el dolor la hace arquearse. Segundo se balancea adelante y atrás, impulsándose con las caderas, jadea cada vez con más fuerza, hasta que acaba por desgarrar a la recién estrenada esposa como si la hiriera con un cuchillo. Matilde, inmóvil, reprime lágrimas de rabia. Segundo exhala un breve gemido y se desploma sobre ella.

Matilde lo empuja para quitárselo de encima, y cuando lo consigue, se levanta para ir al baño. Se lleva las manos a la vagina: tiene el sexo dolorido. Mientras se limpia los restos de semen y sangre, estalla en un amargo llanto y acalla sus sollozos en una toalla. Él le pregunta si se encuentra bien. Matilde no quiere que sepa que está llorando, y sin que se le quiebre la voz le responde que apague de nuevo la luz. Se pone las bragas y el sujetador, y abrocha todos los botones del camisón. Se arregla el pelo y se empolva la cara. Su marido no la verá humillada, ni ahora ni nunca.

Vuelve a la cama, como si lo que acaba de suceder no hubiera ocurrido jamás. Era el débito conyugal y lo ha cumplido.

Los recién casados desayunan en el dormitorio, en total silencio, sin hacer la mínima referencia a esa primera vez de la víspera. Segundo está disgustado por el mal humor y las respuestas impertinentes de Matilde al despertar; ayer no notó ningún deseo en ella. Las únicas palabras que pronuncia Matilde son para dar permiso a la camarera que acude a recoger el desayuno. La muchacha tropieza al abrir la puerta, se le cae la bandeja, y varias piezas de porcelana se rompen.

Al bajar al salón, Matilde se queja al director del hotel de la torpeza de la camarera. Herman Kummer está sentado en una de las mesas leyendo el periódico. Al ver a la pareja, les hace un gesto para que se acerquen y los invita a sentarse con él. Besa la mano de Matilde y alaba su belleza. Ella le responde con la más seductora de sus sonrisas. Segundo busca un tema de conversación adecuado y habla de las tropas de la División Azul que llegan a Francia para continuar hacia Alemania: «Hace un mes salió de la estación de tren de Pamplona un convoy militar repleto de soldados». El alemán, un apuesto hombre de dos metros, lo interrumpe diciendo que mejor dejar los temas de guerra para otro momento y se dirige a Matilde con tono afectado: «¿Dígame, le ha gustado Biarritz? ¿Está disfrutando de su luna de miel?». A continuación, alaba el encanto de la ciudad, subrayando que es un paraíso en medio del ambiente bélico que domina Europa. Antes de levantarse, recuerda a Segundo su cita de la tarde.

Cuando se quedan solos, Segundo propone ir a la playa, recordándole que aún no ha estrenado el traje de baño. «No pensarás que voy a quitarme el albornoz», dice Matilde con desdén. «Aquí las costumbres no son tan

estrictas como en España», replica Segundo, a lo que ella responde secamente «pues deberían serlo». En cierta ocasión, Segundo oyó decir al obispo de Pamplona desde el púlpito que mirar a una mujer en traje de baño era una perversión, y pensó que era un completo disparate, pero a esas alturas ha aprendido ya a callar sus opiniones para no parecer un depravado a ojos de su mujer.

A la hora del aperitivo, Matilde despelleja sin piedad a las apacibles francesitas que pasean a orillas de la playa, sobre todo a las jóvenes niñeras que están a cargo de los pequeños. Además, las soldados alemanas le han resultado realmente desagradables: «Con esos bastos uniformes grises, ni siquiera parecen mujeres».

Tan solo han pasado tres días, y Matilde se queja del frío que hace al borde del mar; dice que la humedad le da dolor de cabeza. Quiere volver a casa cuanto antes, así que pide a Segundo que adelante la fecha de regreso. Una secreta inquietud le corroe las entrañas: la posibilidad de estar embarazada.

En la frontera, la Guardia Civil deja pasar a la pareja tras comprobar sus documentos. Segundo conduce disgustado camino de casa. Hace un último intento por complacer a su mujer: «Matilde, ¿te gustaría aprender a conducir? Si quieres, puedo enseñarte». «No digas tonterías», le reprocha ella. Él dice que con su permiso no tendría ningún problema. «Pero lo prohíben las buenas costumbres. Y yo ya tengo un marido que me traiga y me lleve en coche cuando lo necesite. ¿No es así?», añade desafiante Matilde.

Año 1942

26 de febrero

Raza

Matilde anunció a Segundo que estaba embarazada con el mismo tono de voz que empleó para decirle que había que cambiar las cortinas de todas las habitaciones, mientras acondicionaba el piso sin estrenar cerca de la iglesia de San Saturnino regalo de boda de sus padres. En un intento por olvidar la fatiga y el malestar que le provoca su nuevo estado, ha pasado varios días renovando la cocina; del resto de trabajos domésticos se ocupa Luisa, a quien ha hecho venir de casa de sus padres. La robusta mujer de cuarenta y cuatro años tiene aún energía suficiente para gobernar la casa de los recién casados; imagina que también tendrá que hacerse cargo del bebé que está en camino. Antes de casarse, Matilde no quiso acudir a los cursos de cocina y costura organizados por la Sección Femenina, y se las arregló para zafarse de las clases de preparación al matrimonio.